

DIOS MANDÓ AL HIJO PARA QUE EL MUNDO SE SALVE POR MEDIO DE ÉL
Comentario al Evangelio de P. Ricardo Pérez Márquez OSM

Jn 3, 14-21

14. Además, lo mismo que, en el desierto, Moisés levantó en alto la serpiente, así tiene que ser levantado este Hombre,

15. para que todo el que lo haga objeto de su adhesión tenga vida definitiva.

16. Porque así demostró Dios su amor al mundo, llegando a dar a su Hijo único, para que todo el que le preste adhesión tenga vida definitiva y ninguno perezca.

17. Porque no envió Dios el Hijo al mundo para que dé sentencia contra el mundo, sino para que se salve el mundo por él.

18. El que le presta adhesión no está sujeto a sentencia; el que se niega a prestársela ya tiene la sentencia, por su negativa a prestarle adhesión en su calidad de Hijo único de Dios.

19. Ahora bien, ésta es la sentencia: que la luz ha venido al mundo y los hombres han preferido las tinieblas a la luz, porque su modo de obrar era perverso.

20. Todo el que obra con bajeza, odia la luz y no se acerca a la luz, para que no se le eche en cara su modo de obrar.

21. En cambio, el que practica la verdad se acerca a la luz, y así se manifiesta que su modo de obrar procedía de Dios.

Lo que ha sucedido en Jerusalén, en donde Jesús ha expulsado del templo a los vendedores de animales para el sacrificio, a los animales y también a los que cambiaban monedas garantizando el tráfico de dinero que habían reducido todo el santuario a un gran mercado, como Jesús ha denunciado. Esto ha causado un gran revuelo. Las autoridades andan a las malas y ven a Jesús como una persona muy peligrosa porque atenta contra lo más sagrado de la institución judía: el templo. Por eso, dice el evangelista Juan, que de noche, uno de estos jefes religiosos, Nicodemo, un fariseo, ha ido a encontrarse con Jesús, porque ve en Jesús a un mesías reformador, y le dice: “Si no hubieras sido mandado por Dios, no podrías hacer nada de esa manera.” Jesús aprovecha la ocasión para aclarar las cosas a Nicodemo. No es fácil para un fariseo abrirse a la novedad de Jesús.

En el evangelio que leemos en este domingo cuarto de Cuaresma, dice el evangelista que Jesús recuerda a Nicodemo que no ha venido a reformar las instituciones (no se trata de volver al pasado) sino que ha venido para abrir una etapa nueva, la del reinado de Dios en donde se pueda vivir de manera diferente la relación con Dios y con los demás. Por eso le recuerda (vista la incomprensión que Nicodemo está demostrando hacia la enseñanza de Jesús) un pasaje de las escrituras del libro de los Números, en

el que Moisés hizo una serpiente de bronce, la puso en un palo, para que los israelíes que andaban muy agobiados, porque las serpientes les mordían y morían envenenados, para que se salvaran de esa plaga que fue mandada como un castigo por parte de Dios por los pecado del pueblo.

Jesús recuerda ese pasaje para decir que no hay que mirar al pasado. Aquella plaga superado por Moisés fue algo transitorio, porque, aunque hubieran sido librados de las mordeduras de las serpientes, al final murieron todos.

Jesús habla de algo nuevo, en donde la vida se pueda conservar e incluso incrementar con una calidad cada vez más grande, y por eso dice Jesús después que le recuerde ese episodio: **“así tiene que ser levantado este Hombre, para que todo el que lo haga objeto de su adhesión tenga vida definitiva.”** De esto se trata, no de reformar las instituciones del pasado, sino abrirse al don del Padre, que la persona pueda sentir esa vida definitiva que no es un premio que será dado en el futuro, sino que es algo que se puede experimentar en la existencia terrena cuando la persona de adhesión a Jesús, el hijo del hombre que será levantado en la cruz (está hablando de su muerte). Cuando uno se reconoce en ese modelo de humanidad y está dispuesto a ser como Jesús, abriéndose al bien de los demás y ser capaces de dar la vida para que ese bien se difunda, ya se goza de una vida definitiva. Nada de serpientes ni talismanes para salvarse de aquella plaga, sino algo mucho más grande.

Jesús habla de su muerte, no como un fracaso. Ser levantado no es sinónimo de derrota y fracaso, sino todo lo contrario. Ser levantado en alto significa el triunfo. Esta es la buena noticia que Jesús da a Nicodemo.

Esto lo explica con otra serie de pasajes, diciendo que todo esto forma parte del plan de Dios, que ha sido movido por el amor de Dios; por eso hay que quitarse de la cabeza la imagen de un Dios que se puede ofender, amenazar o castigar. Ese Dios no existe. Todo lo que Dios ha hecho siempre en la historia ha sido movido por su amor, hasta el punto de dar a su mismo hijo para que nadie se pierda y todos se salven. Este es el plan del Padre.

Por eso, dice Jesús que no hay que esperar ningún juicio final ni sentencia, No hay que esperar a que se abran los libros para saber qué es lo que nos va a tocar, sino que la sentencia ya se sabe: la Luz ha venido a este mundo, pero los hombres han preferido las tinieblas.

Jesús está hablando a un hombre que forma parte de la religión. No habla a un, pecador y por eso, la denuncia que hace Jesús es que se puede ser muy religioso y detestar la luz y preferir a tiniebla para que no se vean las obras malvadas ocultando que detrás de tanta devoción y religiosidad, lo único que mueve es el interés y la conveniencia, haciéndolo todo para ser más fuerte e imponerse mejor encima de los demás.

Dios ha amado tanto el mundo, dice Jesús. No ha amado sólo a su pueblo elegido. Ese mundo que se cierra incluso a su luz, es objeto del amor del Padre, y va a ser para siempre. Es la única estrategia que el Padre tiene, para que los hombres en este mundo, que por desgracia se cierran a la luz, puedan abrirse y alcanzar la plenitud.

Amar la luz y la vida es estar en la verdad. Jesús dice que el que “practica la verdad”, y la verdad no es una doctrina o algo que se pueda controlar. La verdad es un comportamiento de vida, amar la vida, y el que ama la vida ya vive en la plenitud, y hace todo y se mueve todo en comunión con el Padre. Todo lo realiza en comunión con él.

Este es el anuncio que Jesús ha dado a Nicodemo. Para Nicodemo es muy difícil aceptarlo, pero es la única manera de poder entrar en la plenitud a la que el Señor nos invita.